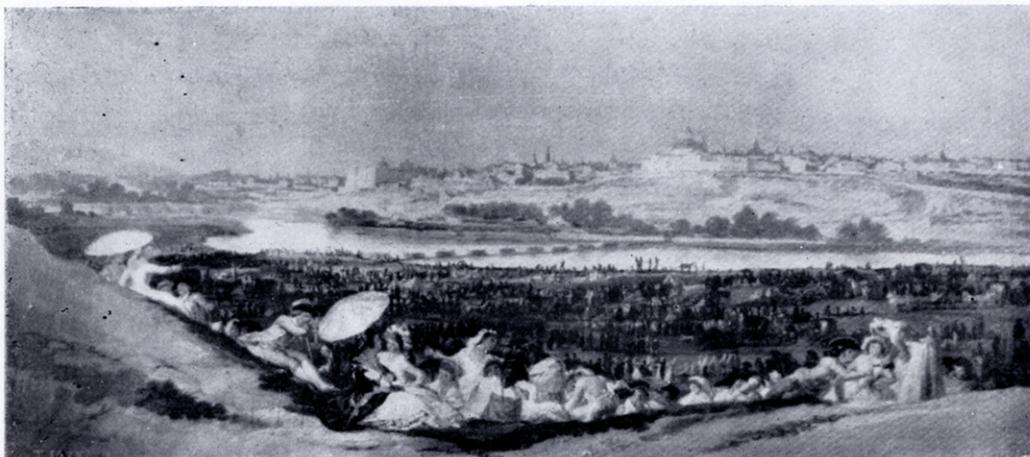


Madrid, cuatrocientos años de artes y de letras



Goya, aragonés, pintor de Madrid, único de los grandes pintores que tuvo como tema la vida de la capital. "La Pradera de San Isidro" (Museo del Prado).

A nuestro señor el rey don Felipe II le llamaron "El Prudente". Y el sobrenombre debía de gustarle al monarca, pues en caso contrario no es aventurado pensar que no habría sido puesto en circulación histórica. A un rey tan ordenancista tal cosa le era fácil.

Sin embargo, algo hizo durante su reinado que más bien pudiera titularse de imprudencia. Pues no otra cosa fué el que, disponiendo de ciudades tan hermosas y florecientes como Barcelona, Lisboa, Sevilla, Toledo, Valladolid, Segovia, entre otras, llevase nada menos que la capital de su Imperio a un villorrio casi desconocido, entre manchego y serrano, que no tenía ni puerto, ni río grande, ni riquezas, ni "na".

Dicen que si las cazas de El Pardo; que si el monasterio que iba a levantarse en un paraje lleno de escorias; que si la hermana del rey que se había encerrado para hacer vida conventual-palaciega en una casa de las afueras del recinto murado madrileño, que se llamaría "Las Descalzas"; que si las equidistancias peninsulares; que si para castigar a Toledo, que había capitaneado las algaradas de los comuneros...

Dicen. Pero como el más indicado para haberlo dicho con razón era el propio Felipe (perdón por la confianza), y él no se ocupó de dejarlo dicho, pues resulta que aún estamos sin saber con seguridad por qué Madrid es Madrid y por qué Madrid es capital desde hace cuatro siglos.

Mal que bien, Madrid ha cumplido ya sus cuatrocientos años capitalinos, gozando de la simpatía y ge-

neral beneplácito de casi todos los españoles (exceptuando los de Valladolid) y de varias decenas de millones de turistas que en estos últimos años lo han conocido y saboreado.

Porque a Madrid, como a los vinos generosos, los tabacos de calidad y las golosinas bien hechas, hay que gustarlo, saborearlo, llegar a su íntimo conocimiento por vía del sentido gustativo. "Le falta sabor", dicen los flamencos, de algo que es no sólo insípido, sino también incoloro, amorfo y sin sustancia alguna.

Madrid es todo lo contrario: tiene sabor y color; también calor, como de regazo materno, de brazos siempre dispuestos para el abrazo. Con mucha razón se ha observado la similitud fonética de Madrid y matriz.

A todos los hombres les agrada tener, o haber tenido, su "piso de soltero", no con el propósito malicioso que a veces suele atribuírsele, sino porque viene a ser el máximo símbolo de la libre individualidad, de la independencia, a donde se acude cuando se quiere estar o vivir a gusto. Madrid es un poco el "piso de soltero" de todos los españoles (y, volvemos a repetir, de unas cuantas decenas de millones de turistas, etc.). Este es uno de los secretos del éxito creciente de la capital, y don Felipe nos ha resultado al cabo de los siglos un verdadero "águila" en esto de organizar espectáculos rentables partiendo casi de la nada.

Mas no pensemos, como algunos mal informados, que Madrid es sólo espectáculo, un brillar vano, un



Velázquez, el sevillano, consiguió más que ningún otro pintor. Pintar el aire de los alrededores madrileños, de los montes de El Pardo y la Casa de Campo. "El Príncipe Baltasar Carlos" (Museo del Prado).

La majeza madrileña nadie supo captarla como Goya. "Tal para cual", de la Serie "Los Caprichos", de Goya.



artificio como fuego que dura poco. Es éste un "sambenito" que ha tenido colgado del cuello durante muchos años; pero Madrid no se molestó, y ahora puede decir sin petulancia y un poco desdeñosamente: segunda ciudad industrial de la nación, con un censo laboral dedicado a la industria de más de medio millón de obreros, primer puerto de entrada y salida de viajeros (aunque sea aéreo), primera ciudad en las tareas rectoras intelectuales. Y algo que vale mucho también: primera en el afecto de todos los provincianos que a Madrid nos acogemos. Y primera, primerísima, en las artes y las letras.

Cuatrocientos años de arte y de bellas letras. Aunque sólo fuese por esta ejecutoria indudable, la decisión de nuestro don Felipe el II estaría más que justificada y digna de que "el Imprudente" tuviera un monumento más importante que ese pisapapeles grandecito que están poniendo encima de los planos de la Almudena. Pero ni siquiera eso le hacía falta; el mejor monumento a Felipe II es Madrid mismo, todo entero, con sus magnificencias y sus cochambres, con sus contrastes pintorescos y a veces inexplicables, con sus extremadas cualidades cordiales.

Era difícil en una España que apenas había salido de ochocientos años de luchas de norte contra sur (¡membrada guerra de secesión!), que se había trasvasado precipitadamente a las tierras americanas, que se empeñó en que no triunfase del todo una reforma que rompió la unidad de la fe occidental, que llevaba sobre sus hombros el peso de las decisiones políticas más comprometidas del mundo de su época; era difícil, muy difícil, encontrar el lugar adecuado para la capital de un Imperio tan extenso y excesivo para una nación tal vez entonces inmadura políticamente.

¿Madrid? Pero ¿qué es eso? ¿Dónde está? Algo por el estilo se diría en las cortes europeas hace cuatrocientos años. Madrid es esto, lo que todos pueden ver ahora. Y no queremos exagerar asegurando que sea una maravilla; pero, vamos, tampoco está mal. Y en algunos aspectos, hasta muy bien.

Una empresa de carácter nacional. Esto es tal vez lo que el rey Felipe quiso y lo que ha resultado en definitiva. Madrid es una creación de todos los españoles y por ello ha venido a ser la ciudad más española de todas. Las demás grandes ciudades de nuestro país son, ante todo, ciudad catalana, valenciana, andaluza, aragonesa, bilbaína, etc.; sólo de Madrid puede decirse que es una ciudad española antes que casteliana.

La misión de Madrid es difícil y comprometida, porque viene a ser como el espejo de todos los españoles, donde los demás se reflejan y contemplan. Lo que se hace en Madrid repercute en todos los rincones nacionales y sus modos y modas son seguidos e imitados, tanto en lo bueno como en lo perjudicial. Véase como

ejemplo la dispersión de la geografía del chapitel, una moda que trajo Felipe II porque le recordaba las torres de las ciudades flamencas que él había vivido en su niñez. Cuando tuvieron que coronarse las torres del monasterio de El Escorial los plomeros tuvieron que venir de Flandes, porque en Madrid no había nadie que supiera hacerlas.

Pronto los chapiteles tomaron carta de naturaleza en la corte y sus más egregias torres de iglesias y edificios públicos terminaron en puntiagudas flechas de pizarra. Como la mancha de aceite, comenzó a extenderse la moda desde el centro, llegando a Toledo, Ciudad Real, Guadalajara y demás provincias cercanas, hasta alcanzar por el Norte Valladolid, León y Navarra; por el Este, Teruel; por el Oeste, Extremadura, y por el Sur, las tierras manchegas.

Si en Madrid se levantan fuentes luminosas, toda España se enciende de ellas. Si en Madrid se construye siguiendo las líneas herrerianas, los "escorialitos" surgirán hasta en la cornisa cantábrica. Si en Madrid se "rascacielea", los edificios de altura se plantarán hasta en las ciudades que no tienen ningún problema de carestía de suelo.

La misión de Madrid es ejemplar en todo, y por ello deben ser bien estudiadas las posibles consecuencias de lo que en él se realice. No andan desencaminados los políticos que establecen como axioma la seguridad de que mientras Madrid sea grande, España lo será igualmente.

No sabemos si es de tanto genio como ha residido en Madrid de lo que ha quedado a la ciudad entera un ingenio vivo y punzante, o si, por el contrario, el ingenio natural de la villa se ha condensado multitud de veces en individualidades geniales. El caso es que genio e ingenio se dan en Madrid con prodigalidad y constituyen uno de sus determinantes.

Los dos Siglos de Oro de la literatura española son madrileños. Cervantes nace casi en Madrid; sólo a trein-

ta y tantos kilómetros; la primera edición del *Don Quijote* se publica en una imprenta de la calle de Atocha. Lope de Vega "fénix de los ingenios y monstruo de la naturaleza", Tirso de Molina, Góngora, Quevedo, Calderón de la Barca, Ruiz de Alarcón, Mateo Alemán, Villamediana, Vélez de Guevara, Francisco de Rojas, Moreto, etc., o son madrileños o desarrollan su obra literaria en Madrid en unos años en los que la vida de las letras comienza a ser animada y los poetas se odian, difaman y envidian (lo mismo que hoy).

El teatro nacional nace en Madrid y son madrileños sus más geniales cultivadores; esto sin lugar a la menor duda, y así sigue siendo.

Otro gran movimiento literario, el Romanticismo, es igualmente madrileño casi en su totalidad. Todos los grandes poetas de este período realizan su obra en Madrid y desde aquí se expande. Zorrilla, Larra, Espronceda, el duque de Rivas, Carolina Coronado, Mesonero Romanos, Fernán Caballero, Bécquer...

El poder de potenciación de Madrid es evidente. Un sevillano, Diego Velázquez, consigue pintar lo que ninguno había logrado hasta entonces: el aire, la atmósfera de un lugar, lo impalpable de un paisaje. Un aragonés, Francisco de Goya, consigna con detalle los tipos y las costumbres de un período vistoso en un Madrid alegre. Un canario, Benito Pérez Galdós, escribe la novela de la ciudad. Y un guipuzcoano, Pío Baroja, penetra como ningún otro en la comprensión del alma popular madrileña.

Todos estos artistas y otros muchos más no llegan a realizarse en su profunda dimensión artística hasta que no se ponen en contacto directo con Madrid. Algo tendrá la ciudad cuando tan repetidas veces se ha producido el mismo fenómeno.

Otra gran aventura del espíritu, la llamada generación del 98, es empresa madrileña. Y vuelve a repetirse lo de antes: un bilbaíno, Unamuno; un alicantino, Azorín; un gallego, Valle Inclán; un sevillano, Antonio

La plana mayor del Romanticismo español, reunida en Madrid, escucha una lectura poética. "Antonio María Esquivel. Reunión de Poetas" (Museo Nacional de Arte Moderno). Madrid.



Machado; un aragonés, Joaquín Costa; un granadino, Ganivet...; todos ellos tienen como catalizador este Madrid nuestro, el de todos.

Y la vida sigue. Y sólo hay que mirar un poco alrededor en estos días en que ya se han cumplido los cuatrocientos años del establecimiento de la capitalidad. Y vemos cómo la vida de las letras y de las artes es más fecunda que nunca. A la generación del 27, con Diego, Alexandre, Lorca, Alberti, Guillén, Salinas, suceden otras generaciones de poetas. A los grandes pintores del impresionismo siguen los de las más audaces tendencias.

Y junto a las letras y las artes, la investigación, el estudio concienzudo y serio al que parecía que los españoles estaban tan poco vocados. Menéndez y Pelayo

no es una excepción en el panorama de Madrid. Menéndez Pidal, Ortega y Gasset, Marañón, D'Ors, Mardariaga, Maeztu, García Gómez son algunos nombres que podemos poner como ejemplares.

De aquel casi pueblecito grande que Teixeira nos dibujó con todo detalle documental a este Madrid de ahora, que extiende sus nuevas arquitecturas frescas por lomas y vaguadas, han transcurrido algunos siglos. Madrid es otro, pero es el mismo en lo esencial. Con cuánta más razón podemos decir ahora lo que dijo en verso Lope de Vega: "Es cifra Madrid de todo lo mejor que tiene España."

Don Felipe puede reposar tranquilo y orgulloso en el majestuoso lecho marmóreo que le dispuso Pompeyo Leoni. Acertó, ¡y de qué manera!

P a n o r a m a

PEREZ BUENO, "NAIF" ESPAÑOL

En esta época nuestra de tantos y tan buenísimos pintores es agradable encontrarse con la sorpresa de un verdadero "primitivo", de un pintor virginal que pinta desde su personal mundo, cerrado a todas las sabidurías e intelectualismos.

Vicente Pérez Bueno ha sido toda su vida portero ministerial, y hoy, ya jubilado, dedica su actividad a mostrarnos un mundo sorprendente de insobornable personalidad. Se repite con este pintor, nacido en la provincia de Guadalajara y vecino de Valencia, el caso de la centenaria pintora Grandma Moses, la norteamericana que comenzó a pintar cuando ya estaba también jubilada en apariencia por la vida.

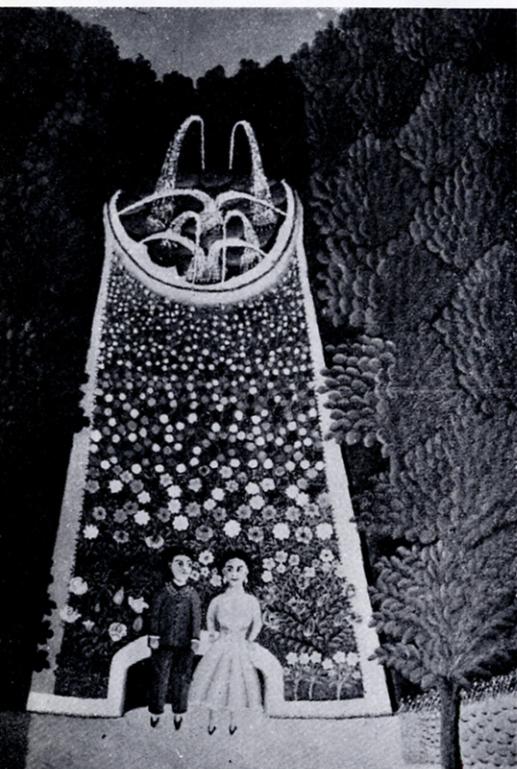
Sin aprendizajes maestros, sin preparación cultural, sin inquietudes estéticas, estos nuevos "naif" a los que les ha sido otorgado el don de la pintura nos transmiten una visión virginal del mundo circundante

que nos deja perplejos por insospechado.

Son pintores en los que aún perdura el espíritu del románico en toda su pureza, que aún no han inventado la perspectiva, ni el claroscuro, ni las veladuras. Colores nítidos, dibujos esquemáticos. Un infantilismo nutre con su savia fragante estos paisajes tan inquietantes de puro simples.

Esta pintura nace de las zonas inconscientes, que milagrosamente no se han perdido con el paso de los años. El que un hombre de setenta y dos años pueda pintar como un niño de diez es realmente un prodigio, un caso no frecuente, una rareza cotizable que nos trae como un perfume olvidado hasta las salas donde se muestra tanta pintura culta y atormentada.

Es como una vuelta a los orígenes, una pintura de "medium" que puede adivinar lo que fué muy lejanamente, en otro tiempo y lugar que no ha conocido personalmente. Un testimonio interesante. (Galería Neblí, Exposición Vicente Pérez Bueno.)



Vicente Pérez Bueno. Escena de la película "¿Dónde vas, Alfonso XII?", 1959.

Vicente Pérez Bueno. "La Cibeles", 1959.